

CAPITULO NOVENO.

Desenvolvimiento de la idea del infinito.—Tipo de lo verdadero.—Ciencias cosmológicas.—Tipo de lo bello.—Ciencias estéticas.—Tipo de lo bueno.—Ciencias morales.—Tipo del infinito.—Ciencias metafísicas.

En el capítulo anterior hemos presentado el pensamiento creador de nuestro sistema y solo resta desenvolverle para que aparezca con toda claridad. Ya dijimos que la idea del infinito es la luz que ilumina las almas, lo mismo que la luz del sol y de las estrellas iluminan los cuerpos, que esta idea del infinito sufre en el alma una refraccion, dividiéndose en tres rayos ó tipos, que son lo verdadero, lo bello, lo bueno, que despues de atravesar el prisma del alma, van á tropezar con los tres mundos, el mundo material, el mundo estético y el mundo de la humanidad, para volver por reflexion sobre el alma, quedando de cargo de esta, por ser un principio activo, arreglar, combinar y ordenar las ideas suministradas por los tres tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, que son absolutas, necesarias é invariables, con las ideas suministradas por los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, que son relativas, contingentes y variables, porque son contingen-

tes y variables los objetos de estos tres mundos, que son los cuerpos, las bellezas precisadas á aparecer en forma sensible y las acciones humanas, resultando de la amalgama y combinacion de las ideas absolutas suministradas por los tres tipos y de las ideas relativas suministradas por los tres mundos, el conocimiento humano, valiéndose el alma de la razon, que es la facultad de lo absoluto, para adquirir los tres tipos, y auxiliándose respecto á los tres mundos, con la sensacion para el mundo material, con el sentimiento para el mundo estético, y con la conciencia para el mundo de la humanidad, y constituyendo los tres tipos con los tres mundos, los tres órdenes de ciencias, de ciencias cosmológicas, ciencias estéticas, ciencias morales. Solo el mundo metafísico está en un caso enteramente distinto, pues como el alma aspira al origen de donde viene la idea del infinito, antes de sufrir la refraccion, y es objeto de este mundo la idea misma del infinito, y es el tipo el infinito mismo, aqui no entra nada de contingente, de relativo, ni de variable como en los otros tres mundos, ni el alma necesita emplear otra facultad que la razon pura, porque solo la razon pura da las concepciones absolutas.

Con estos preliminares es fácil conocer la esplicacion que vamos á dar de los cuatro tipos, el tipo de lo verdadero, el tipo de lo bello, el tipo de lo bueno, y el tipo del infinito. El carácter de necesarios, de absolutos y de invariables, que tienen los tres primeros tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, se modifica con el carácter de contingentes, relativos y variables, que tienen los cuerpos, las bellezas sensibles y las acciones humanas, objeto de las ciencias cosmológicas, las ciencias estéticas, las ciencias morales, resultando de aqui que la certeza de los cuerpos, sus leyes y sus principios, ó lo que es lo mismo, que la existencia del mundo material, sus leyes, sus principios y sus aplicaciones á las ciencias cosmológicas es el principal objeto de esplicacion en el tipo de lo verdadero; que la belleza siempre sensibilizada, sus leyes, sus principios, y sus aplicaciones á las ciencias estéticas

es el objeto de esplicacion en el tipo de lo bello; y que las acciones humanas, sus leyes, sus principios y sus aplicaciones á las ciencias morales es el objeto de esplicacion en el tipo de lo bueno. Queda reservado al tipo del infinito en su conjunto las concepciones puras de la razon, sin aplicacion determinada, pero que sirven de lazo á todas las concepciones de los tres tipos, como centro de unidad y de unidad absoluta.

TIPO DE LO VERDADERO.

La idea del infinito, que es la luz que ilumina el alma antes de sufrir la refraccion, representa la verdad *ideal*, y de la que hablaremos en su lugar, pero despues de la refraccion representa la verdad *real*, reflejada sobre el mundo material, contingente y variable, y tratándose de la verdad con esta aplicacion, la primera pregunta es ¿existe el mundo material? ¿Es una realidad lo que vemos y tocamos? ¿Son una verdad los cuerpos? Parece increíble que la filosofía tenga que hacer estas preguntas, y mas increíble aun, que el empeño de sutilizar haya llevado á inteligencias privilegiadas, como las de un Mallebranche y un Berkeley, á punto de negar la existencia del mundo exterior, contrariando asi las creencias del sentido comun, y poniendo en ridiculo las especulaciones filosóficas. Existe el mundo material, existen los cuerpos, que nos da á conocer la sensacion por medio de los sentidos y los sentidos no son mas que la continuacion de la sensacion misma, que liga nuestro cuerpo á los cuerpos que nos rodean y aplicando el tipo de lo verdadero á este mundo fenomenal y variable, resulta el sello de fijeza que tienen las leyes y principios á que está sometido, en medio del cambio y movilidad propios de su carácter fenomenal. Los hombres consagrados al estudio de la naturaleza exterior saben bien, que si los fenómenos que esta presenta son movibles y variables, bajo de esta

corteza exterior se ocultan principios fijos, leyes permanentes á que están sometidos los mismos fenómenos, y sus esperiencias, sus experimentaciones y sus observaciones, por mas que recaigan sobre los mismos fenómenos, tienen por único y esclusivo objeto el descubrimiento de las leyes á que están sometidos, como que estas leyes, con relacion al mundo exterior, son las que constituyen el tipo de lo verdadero, que no es mas que la idea misma del infinito, despues de sufrir la refraccion en el alma. De manera que todos los sábios, dedicados á las ciencias matemáticas, á las ciencias físicas, ciencias naturales y ciencias médicas, que comprenden el estudio entero de la naturaleza exterior, todos reconocen como base de sus indagaciones, no el mundo fenomenal sobre que giran sus experimentos y cálculos, sino un principio de verdad, que no le dan ni los sentidos ni la conciencia, sino que le da el tipo de lo verdadero, que es la idea del infinito refractada ya sobre el alma con aplicacion al mundo exterior. ¿De qué servirian todos los experimentos que pudieran hacer todos los matemáticos, todos los físicos, todos los naturalistas, todos los fisiólogos sobre el mundo fenomenal, sino contaran con un elemento racional que sirva de luz á su inteligencia, que dé fijeza á sus indagaciones, y que ligue los fenómenos á principios infalibles? Pues este elemento racional es el tipo de lo verdadero, que viene de lo alto y entra en el alma por la razon con la idea del infinito.

Cuando los hombres consagrados á las ciencias arrancan á la naturaleza sus secretos en el mundo material, cuentan con dos elementos, uno que suministra la percepcion sensible auxiliada de los sentidos, que es la parte fenomenal, y otro que suministra la razon, que es la ley á que está sometido el fenómeno, y esta ley, como todos los principios inmateriales, es el tipo de lo verdadero, en los términos que lo llevamos explicado. Preguntad al astrónomo sobre el movimiento de los cuerpos celestes que giran en el espacio, y le vereis desentenderse del fenómeno y

fijarse luego en las sencillas leyes que les rigen y les gobiernan, queriendo llenar mas bien la idea del infinito, recurriendo á los principios que la parte fenomenal, que mira como accidental y variable. Lo mismo responderán el mecánico sobre las innumerables máquinas, que esclavizando á la naturaleza y libertando al hombre aumentan extraordinariamente los productos y disminuyen el trabajo; lo mismo el físico en la aplicacion del vapor y de la electricidad para estrechar las distancias, en el para-rayos para salvar los edificios, en el uso del pozo artesiano para fecundar terrenos áridos y desiertos; lo mismo el químico en las composiciones y descomposiciones de los cuerpos, como si cada molécula llevara dentro de sí un ser viviente, prestando un inmenso interés á las artes, á la medicina, á la administracion de justicia y á todos los usos de la vida; lo mismo el mineralogista en los raros fenómenos de la cristalizacion, como en los mas sorprendentes de los electro-magnéticos del ámbar amarillo, de la piedra iman y de la turmalina, que encerrando en sí como un principio de vida orgánica, parece ser el lazo que une los reinos mineral y vegetal; lo mismo el botánico, que os descubriría en algunas plantas la union de los sexos, confiada á las estremidades de un pequeño insecto, ó á la fuerza del inconstante viento, ú os hablára del sueño de las plantas, principio aparente de sensibilidad, que aproxima el reino vegetal al reino animal; lo mismo el zoólogo que os probará la armonía de la organizacion animal, hasta el grado de deducir, de la inspeccion de una sola muela, el organismo, costumbres y modo de ser del animal á que perteneció, os referirá á un solo tipo todas las organizaciones animales, y os conducirá, por una rigurosa gradacion, desde la esponja hasta el hombre; el paleontólogo, que desenterando los huesos petrificados en el seno de la tierra, formará con ellos el esqueleto de un animal, que habiendo dejado de existir ha muchos siglos es ahora examinado, clasificado y descrito por él, como pueden serlo los que hoy existen sobre la superficie de

la tierra; el geólogo, para cuya ciencia los siglos son segundos en la vida de la humanidad, os explicará la formación del globo y recorrerá así una parte del velo que cubre el enigma del universo, con la misma facilidad con que el botánico explica la formación de un pequeño arbusto.

¿De qué servirían á estos sábios sus ojos, sus manos, su sensación, ni sus instrumentos, por delicados que se les suponga, sino contarán con otros medios para progresar en las ciencias? ¿De qué les servirían ni sus manos, ni sus instrumentos, si carecieran de la luz que recibe el alma del elemento racional, de la idea del infinito refractada en el alma y representada en el tipo de lo verdadero, con relación al mundo exterior, que es la que ilumina el entendimiento, patentiza los principios inmateriales, racionaliza los fenómenos y eleva al hombre al ideal que constituye la esencia de su ser? Los fenómenos que produce la sensación y los datos que proporcionan los sentidos ¿pudieron ser por ventura los únicos elementos con que los Newtones y Leibnitzes resolvieron el cálculo infinitesimal? ¿La misma voz de infinitesimal no está descubriendo la fuente del infinito á donde acudieron para inspirarse y dar á conocer sus concepciones atrevidas? ¿Y qué son estas concepciones puras y esas leyes inmateriales á que se acogen los matemáticos, los físicos, los naturalistas, los fisiólogos, sino el ideal de esas mismas ciencias? ¿Y qué es el ideal de toda ciencia sino la metafísica, centro de todos los principios y única base de todos los conocimientos humanos? Las ciencias cosmológicas tienen por teatro el mundo material, tienen por teatro los fenómenos que presentan los cuerpos, para cuya adquisición basta la sensación auxiliada de los sentidos corporales y de buenos instrumentos, pero cuando de los fenómenos se pasa á los principios, se sale naturalmente del terreno de las sensaciones, y se pasa al de las concepciones de la razón; se sale del mundo de la materia y se entra en el mundo de los espíritus; se sale de la luz creada que da á conocer los

cuerpos, y se entra en la luz increada que da á conocer las altas regiones de la inteligencia; se sale de la condicion de bestia, para saborear los placeres espirituales de ángel. Este es el punto á que vienen á parar las ciencias cosmológicas, y este punto, con relacion á estas ciencias, es el tipo de lo verdadero, reflejado sobre el mundo material, como lo es, respecto á las ciencias estéticas, el tipo de lo bello reflejado en el mundo estético, y como lo es, respecto á las ciencias morales, el tipo de lo bueno reflejado sobre el mundo de la humanidad, y cuyos tres tipos, en su ideal y antes de refractar en el alma (permítaseme que no abandone esta comparacion) constituyen la idea del infinito, centro de los tres tipos, centro de los tres mundos, centro de las tres ciencias.

TIPO DE LO BELLO.

La misma base sentaremos en la esposicion de este tipo que en el tipo de lo verdadero. La idea del infinito, que es la luz que ilumina el alma antes de sufrir la refraccion, representa la *belleza ideal*, y de la que hablaremos en su lugar, pero despues de la refraccion representa la *belleza real*, como reflejada sobre el mundo estético, contingente y variable, y tratándose de la belleza con esta aplicacion, se pregunta ¿si existe este mundo estético, este mundo práctico de belleza? ¿Quién lo duda? Las elevadas cimas de los montes pobladas de arbolado, los frondosos valles, la marcha magestuosa de los rios, los sorprendentes saltos de agua, las raras y variadas producciones naturales en pedrerías, conchas y minerales, las flores matizadas de mil colores, las aves vestidas con la mas caprichosa variedad de ropages, la estampa que presentan los animales en sus formas, la figura humana con todos

los incidentes que produce la diferencia de climas y de razas, las producciones del arte en magníficos edificios, vistosos relieves y pinturas delicadas, las acciones humanas en su infinita compli-
cidad en las que aparecen ya los rasgos del genio, ya los encan-
tos de la virtud, todos estos elementos prestan materia para un
juicio estético, de esto es bello, y aquello no lo es. Los animales
tienen ojos, tienen sentidos, tienen sensaciones para percibir los
objetos, pero ninguna señal se advierte en ellos de la existencia
de este juicio. Entre una rosa y una yerba comun, entre un gua-
camayo y un murciélago, entre una mariposa y un caracol, entre
una palmera y un arbusto, entre un leon y un erizo, el hombre
califica de bellos los primeros, cotejados con los segundos. Este
juicio es primitivo, es irreducible. El tipo de lo verdadero recae
sobre el mundo material en su masa, en sus magnitudes, en sus
cuerpos, el tipo de lo bello recae sobre el mundo material, pero
en sus formas, en sus variedades, en sus contornos. Además, el
juicio de lo bello es desinteresado, y la prueba es, que hay ob-
jetos que son útiles y no son bellos, y otros que son bellos y no
son útiles. Una casa de campo perfectamente adornada podrá ser
útil á su dueño, pero es bella y puramente bella al forastero que
la visita y la contempla. Se desea poseer los objetos útiles para
gastarlos, consumirlos y aplicarlos á los usos de la vida, se desea
poseer los objetos bellos para conservarlos y admirarlos. Tampoco
puede confundirse el tipo de lo bello con el tipo de lo bueno en
sus aplicaciones, porque la idea de bien supone un fin en el ser,
que tiene que realizar, mientras la idea de lo bello se encierra en
el objeto, que considera como bello sin ningun fin ulterior.

No sucede así con la idea de lo sublime, que si bien es distin-
ta de la idea de lo bello, en su esencia son una misma cosa, y
toman un nombre distinto por razon de la materia sobre que re-
caen, y la distinta modificacion que producen en el alma. La vis-
ta de montañas cuyas cimas cubiertas de nieve se pierden en las
nubes, la horrible historia de un naufragio, el aspecto im ponen-

te de un bosque sagrado y silencioso cubierto de sombras producidas por árboles seculares, el infierno de Milton, son todos objetos sublimes, mientras que la vista de praderías esmaltadas de flores, cortadas por risueños arroyos, que llevan por todo el valle la fertilidad y la abundancia, provocando el alma á dulces y regalados pensamientos, es un objeto bello, pero unos y otros son juicios estéticos, que tienen su raíz en el tipo de lo bello.

¿Y cuál es el origen del juicio estético? El origen está en la idea del infinito. En esta idea están embebidos los tres tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, mas desde el momento que esta idea del infinito, esta luz ilumina el alma, se separan los tres tipos, y lo que en la idea del infinito era verdad absoluta, belleza absoluta, bondad moral absoluta, pasa, verificada la refraccion en el alma, á ser verdad real la verdad absoluta, belleza real la belleza absoluta, bondad moral real la bondad moral absoluta, porque si la idea del infinito, antes de refractar, contiene en sí la verdad pura, la belleza pura, la bondad pura, verificada la refraccion, se dirigen los tres tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, sobre los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, y desde este acto entran en combinacion los tres tipos con los objetos variables de los tres mundos, que son los cuerpos en el mundo material, las bellezas en forma sensible en el mundo estético, las acciones humanas en el mundo de la humanidad, y de esta manera, mediante esta aplicacion, la verdad pura, la belleza pura, la bondad pura, pasan á ser verdad real, belleza real, bondad moral real. Por consiguiente, el origen del juicio estético en su raíz está en la idea del infinito, y en su aplicacion está en el tipo de lo bello combinado con los objetos variables de los tres mundos, descubriendo en ellos todas las bellezas que encierran. Este es el origen del juicio estético, en el que, segun se ve, entra el elemento racional, que es el tipo de lo bello, con aspiraciones á la idea del infinito de donde procede, y entra el elemento sensible, que son los objetos

variables de los tres mundos, que están sometidos á la observacion y á la experiencia por medio de los sentidos.

Y ¿qué facultades del alma concurren para la formacion del juicio estético? Es muy sencilla la contestacion, atendidas las esplicaciones anteriores. La ventana única que tiene el alma, por la que entra la luz del infinito, es la razon pura, porque la razon es la facultad de lo absoluto, y, por consiguiente, el alma percibe la idea del infinito por sola la razon. Mas cuando despues la idea del infinito, al pasar por el alma, sufre la descomposicion, si puede decirse asi, dividiéndose en los tres tipos, el tipo de lo bello refleja sobre los cuerpos, las bellezas en forma sensible y las acciones humanas, que son los objetos de los tres mundos, y desde este acto es imprescindible escitar la sensibilidad, por rozarse ya con objetos sensibles, y la razon del tipo combinada con la sensibilidad y enriquecida con la imaginacion, por ser nuestra alma un principio activo, es lo que constituye el sentimiento, y he aqui la causa, porque el sentimiento tiene tan poderosa influencia en el mundo estético.

Consecuencia de lo que llevamos espuesto es, que las ciencias estéticas, ó mas bien, la teoria del arte, tiene por fundamento la idea del infinito, desenvuelta en el alma con el tipo de lo bello, con aplicacion al mundo estético, valiéndose de la razon y del sentimiento, y elevada á esta altura, desaparecen todas estas teorías mezquinas, inventadas por falsos y rebajados sistemas, en las que han querido, unos reducir la idea de lo bello á lo puramente agradable, como puede hacerse con el olor ó sabor de una cosa, rebajando una idea pura de la razon, como es lo bello, á las tristes condiciones de la percepcion sensible, y convirtiendo otros la teoria de las artes en la simple imitacion de la naturaleza, privando al artista de su primer atributo de ser creador y no imitador. No quiere decirse, que el artista saque las cosas de la nada, porque seria este empeño tan impotente como ridículo, sino que suponiéndole inspirado en el ideal del infinito, deposita en

imágenes y símbolos puros, transparentes y bellos, las ideas de la razón, que se hallan envueltas en las imperfecciones de la naturaleza y de la humanidad, y en este concepto es un verdadero creador, es como un hombre inspirado, que sin salir de la realidad de los mundos, llega en el infinito, que en el hecho de ser infinito no tiene término, á un punto, á donde ningún mortal había llegado, y esta aspiración privilegiada le granjea el título de hombre extraordinario. El arte tiene por objeto representar, por medio de imágenes sensibles creadas por el espíritu del hombre, las ideas que constituyen la esencia de las cosas, y se hallan en su raíz en la idea del infinito. Esta elevación es la que crea la independencia y dignidad de las ciencias estéticas, y si bien el artista no puede salir de las condiciones naturales de los mundos, para tomar las formas sensibles, que favorezcan su pensamiento, nunca puede encerrar éste en la pura imitación de la naturaleza, sin destruir esa elevación, y sin rebajar sus propias concepciones. En fin, el bello ideal desciende del infinito; sin el encanto del infinito no se conciben las ciencias estéticas, y el artista, á la sombra de las formas, de los colores, de los sonidos, de las palabras, debe escitar en el alma la emoción inefable de la belleza, y entonces ocupa el elevado punto que le corresponde como creador y como artista.

La belleza tiene que aparecer bajo forma sensible, como condición precisa, en las ciencias estéticas, y consecuencia de esto es, que los sentidos son también otra condición imprescindible, pero su intervención varía extraordinariamente, pues mientras el gusto, el olor y el tacto son poco menos que antiestéticos, están la vista y el oído, que se absorben todas las producciones bellas y sublimes del arte, hasta el punto de ser estos dos sentidos la base para su clasificación, perteneciendo al primero la arquitectura, la escultura y la pintura, y perteneciendo al segundo la música, la poesía y la elocuencia. Unas más vivas que otras, sin salir ninguna del círculo que tienen trazado por sus condiciones

naturales; unas mas entusiastas que otras, segun su virtud de excitar emociones mas ó menos fuertes; unas mas expansivas que otras, segun la esfera de accion que les está asignado, es en todas una condicion necesaria, absolutamente necesaria la *expresion* de una idea, que bajo del símbolo penetre, eleve y conmueva el alma, y en torno de esta idea *expresada*, que es lo que constituye la unidad, entran en juego todos aquellos matices, con que el genio del artista, auxiliado de la imaginacion, decora su obra, contribuyendo asi la variedad de las formas á dar realce á la unidad de pensamiento.

La estética, como ciencia independiente, es muy moderna. La antigüedad miró la belleza como una cuestion incidental, y fué desconocida á los filósofos de la edad media. En los tiempos modernos, Bacon mira las bellas artes como un objeto de placer y nada mas, Descartes y su escuela se olvidan de ellas. La escuela de Leibnitz tiene la gloria de haberlas dado nombre. Baumgarten discípulo de Wolf, fué el primero que concibió la idea de una ciencia de lo bello, y la llamó *estética*. El siglo XVIII en Francia é Inglaterra fué poco favorable, para que las ciencias estéticas ocuparan el punto elevado que las corresponde. Envueltos los filósofos de ambas naciones en los lazos de Locke y Condillac, ocupaban una tristísima posicion, para que pudieran agrandar sus miras, y se ve en aquella época que los mismos filósofos, que no podian concebir que las ideas de belleza dependieran de la sensacion, no tuvieron fuerza para sacudir el yugo, y creyeron que aquietaban su conciencia, con inventar un nuevo sentido estético, ó recurrir á los instintos como se ve en Hutcheson, Shaftesbury, Burke y algunos otros. Reid y Dugald-Stewart ya admiten el elemento racional, pero enemigos de indagaciones ontológicas, no salen del círculo, que se trazaron dentro del campo psicológico. La verdadera fundadora de la estética es la Alemania, pues prescindiendo de los atendibles trabajos de Winkelman, fué Kant el verdadero fundador de esta ciencia, ha-

biéndola hecho objeto de su *Crítica del juicio*, pero envuelta en el vicio radical de su sistema, la quita todo el mérito de la objetividad, y la deja reducida á ser la belleza una forma del entendimiento, como las demás ideas primitivas y fundamentales del conocimiento humano. Restablecida la objetividad por Schelling y Hegel, el uno con el absoluto, el otro con la idea, abrazan la ciencia en su conjunto, y desenvuelven la idea de lo bello en sí misma, en su naturaleza, en sus formas fundamentales, en el arte y en la historia, y es sensible, que trabajos de tan raro mérito formen parte de unos sistemas de hierro, en que el mundo, la humanidad y Dios, bajo el principio de unidad absoluta, se desenvuelven por evoluciones necesarias.

TIPO DE LO BUENO.

Llegamos al tipo de lo bueno, y esto nos conduce naturalmente al mundo de la humanidad. El hombre, en cuanto tiene cuerpo, está sometido á las leyes generales ó especiales de la materia, y en este concepto pertenece al mundo material, como pertenece á las ciencias cosmológicas la fisiología, que trata del conocimiento de su organismo. Lo mismo el hombre, por su forma humana, que es la mas hermosa del mundo, pertenece al mundo estético y al tipo de lo bello, que le corresponde, y del que ya hemos hablado. Ahora se trata del hombre considerado como un ser intelectual y moral, que, con los demás seres intelectuales y morales, constituyen el mundo de la humanidad, que corresponde al tipo de lo bueno, de que ahora tratamos. Lo mismo debe decirse de este tipo, que lo que dijimos de los anteriores. La idea del infinito es la luz increada que ilumina el alma, y antes de sufrir en ella la refraccion, lleva embebida en sí la bondad moral *ideal*, mas despues de verificada la refraccion

y que la idea del infinito se divide en los tres tipos, la bondad moral absoluta se convierte en bondad moral *real*, por la aplicacion que recibe sobre las acciones humanas, que son la materia variable del mundo de la humanidad.

¿Y este mundo de la humanidad existe? ¿Es una realidad? El estudio de nosotros mismos nos da una respuesta satisfactoria. «Cuando al resplandor de un hermoso rayo de luz de la luna, dice Jouffroy, y cuando todo duerme en la aldea, el paisano, que en su vida ha filosofado, mira con ojos de envidia los soberbios frutos que penden de los árboles de su opulento vecino, podrá estar seguro que nadie le ve, podrá calcular el poco daño que puede causar robando aquel fruto, y comparando la regalada vida del rico con las fatigas del pobre y la estrechez del uno con la abundancia del otro, podrá presentir todo lo que ha dicho Rousseau sobre la desigualdad de las condiciones y la excelencia de la ley agraria, pues toda esta conspiracion de pasiones y de sofismas se entrelaza en su alma, con un cierto principio incorruptible, que insiste y persiste en llamar la accion por su nombre y en juzgar que robar es malo. Que resista ó que ceda á la tentacion poco importa, si cede sabe que obra mal, si resiste sabe que obra bien, en el primer caso tomará partido por el tribunal correccional, y en el segundo esperará del cielo la recompensa, que los hombres dejan á Dios el cuidado de pagar á la virtud. Este juicio moral formado por este pobre hombre ¿á qué escuela filosófica lo debe? Y si lo sacó de su propio fondo ¿para qué andar en indagaciones filosóficas sobre la existencia de este principio? Podrá decirse que á falta de filósofos que no ha leído, los sermones del párroco y las disposiciones del Código le habrán hecho conocer que el robo es un crimen. Pues sin embargo, si el párroco le predicase que comete un pecado sino lleva al presbiterio el diezmo de su cosecha, es seguro que no le creeria; y si leyese en el Código penal que veinte personas pueden hablar juntas sin foensa de la justicia, y que si son veinte y una ya existe esta

ofensa, no lo comprenderia. ¿De dónde nace esta diferencia? Las autoridades son las mismas, y tan pronto la conciencia se aquietta, tan pronto lo resiste. Prestamos todo el respeto posible á la filosofía, al Código penal y á los sermones, pero dejamos cada cosa en su lugar, y puesto que el paisano, sin ser filósofo, distingue el bien del mal, juzga las disposiciones del Código, aprueba ó desaprueba los preceptos de su párroco, creemos que tiene dentro de sí mismo una regla de apreciacion moral, que no debe ni al Catecismo, ni al Código, ni á la filosofía, que rectifica las decisiones de éstos, y que es anterior y superior á ellos, y asi el Catecismo será racional ó absurdo, el Código justo ó injusto, la filosofía buena ó mala, segun que el Catecismo, el Código y la filosofía interpreten fiel ó infielmente esta regla de apreciacion.» En efecto, no hay hombre, cualesquiera que sean sus condiciones, y cualquiera que sea el grado de instruccion que haya recibido, que no sienta dentro de sí mismo esta regla de apreciacion moral para tener por malos el robo, el asesinato, la maledicencia, y para tener por buenos el respeto á las personas, á la honra y á las cosas ajenas. El hombre malo juzga con la mayor severidad la conducta de los demás y viste con la capa de moralidad sus mismos hechos malos, para engañar su conciencia, porque no puede echar de sí el principio moral que está en su alma.

¿Qué es lo que constituye este principio moral en nuestra alma? La idea del infinito, que es la luz increada que penetra todo nuestro ser, ilumina toda nuestra alma, que si en su perfecta simplicidad comprende la verdad absoluta, la belleza absoluta, la bondad moral absoluta, se divide al atravesar el alma, sin perder su carácter de infinita, en los tres tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, que van á reflejar sobre los cuerpos, las bellezas sensibles, y las acciones humanas, que son objeto de las ciencias cosmológicas, estéticas y morales, convirtiéndose la verdad absoluta en verdad *real*, la belleza absoluta en belleza

real, y la bondad moral absoluta en bondad moral *real*, mediante la aplicacion de la idea del infinito á objetos determinados, combinándose así el elemento racional con el elemento sensible. De esta manera primordial é irreducible radica en nuestra alma la idea de bien, que como una cantidad constante influye en nuestros juicios, en nuestras deliberaciones, en nuestra conducta, sin poder desasirse de ella, ya porque la satisfacemos, proporcionándonos el placer de haber obrado bien, ya porque la contrariemos buscando disculpas para que no se dé por ofendida. En fin, esta idea de bien es la ley moral, encarnada en nuestro espíritu, porque es la idea misma del infinito aplicada al mundo moral, y como ley estamos en el deber de cumplirla, y cuando faltamos á ella la conciencia nos acusa de nuestra falta.

¿Y qué facultades son las que intervienen en la formacion de nuestros juicios morales? Como la base de estos juicios es la idea del infinito convertida, al pasar por el alma, en el tipo de lo bueno, la primer facultad que interviene es la razon, porque es la facultad de lo absoluto, y la que nos da á conocer estos tipos primitivos. Pero la materia sobre que recaen estos juicios son las acciones humanas, que son el objeto del mundo de la humanidad, y las acciones humanas, tienen su raiz y su asiento en la conciencia, que es el punto de donde parten. No hasta esto, el hombre se reconoce causa de sus juicios, de sus deliberaciones, de su conducta, y en este concepto entra la voluntad que soberanamente cierra el juicio. Estos son los elementos que componen nuestros juicios morales, el tipo de lo bueno inspirado por la razon, que es la ley moral, la conciencia que examina los actos humanos que tienen lugar en el interior del alma, como que la conciencia es el teatro en que se desenvuelve el mundo humano, y la voluntad libre que decide, y que por ser libre, constituye morales los actos, pues en tanto son morales en cuanto hay en el agente libertad para la deliberacion, y en cuyo concepto le son imputables. Y no alegue el hombre la oscuridad de la ley para

acallar sus remordimientos, á título de que el tipo de lo bueno, ó la idea de bien moral, que es la ley, es una cosa vaga, sin un sentido circunscrito y determinado, porque hay un medio sencillo de conocer el valor y estension del tipo de lo bueno, que viene de lo alto, que es el estudio de nuestra propia naturaleza. El bien para un ser es el desenvolvimiento armónico de su naturaleza, que es su ley para llenar su destino, y su naturaleza marca los medios de realizar su bien. Desde la lapa pegada á la peña que solo necesita para llenar su destino que el flujo y reflujo la bañe periódicamente, hasta la sociedad de los castores, que se dan por satisfechos con sus lagunas y su barro para construir sus edificios, y desde el reptil *mas* inmundado hasta el *mas* hermoso cuadrúpedo, todos llenan su destino, cuando se verifica el desarrollo de sus respectivas naturalezas de una manera regular y armónica. El hombre está en el mismo caso en el desarrollo de su naturaleza de una manera regular y armónica, pero hay la diferencia, que en los animales este desarrollo es fatal, es necesario, y no está en su voluntad contrariarle, mientras que el hombre, dotado de inteligencia y de libertad, realiza por sí mismo su destino, que *no* es *mas* que el desenvolvimiento armónico de su naturaleza, en la misma forma que lo verifican los demás seres, segun la suya respectiva. El hombre recibe por la razon la luz del infinito, que es el tipo de lo bueno, que es su ley moral; además de esta luz tiene inteligencia para conocer su naturaleza y lo que exige su natural desenvolvimiento; además de esta luz y de esta inteligencia tiene la conciencia de sus actos y de las operaciones de su alma, para conocer su valor, su estension, y la aplicacion que debe hacer al tipo de lo bueno, á la ley moral, y dueño de todos estos elementos decide libre y absolutamente su conformidad ó no conformidad con esta misma ley.

¿Y cómo verifica el hombre el desarrollo armónico de su naturaleza? Cumpliendo con la ley moral, ajustando á ella todos sus actos, que es lo que se llama la realizacion del derecho, y de esta

manera llena el hombre las condiciones que corresponden á los seres racionales y libres. Si ajusta sus actos á la ley moral, contrae mérito; si no los ajusta contrae demérito. En el primer caso se hace digno de premio, en el segundo digno de castigo. El juicio que se forme de una vida virtuosa lleva tras sí todas estas ideas, que son correlativas. ¿Y la virtud, el mérito y el premio son realizables en este mundo? No, en este mundo solo es realizable la virtud, y si no existiera otra prueba de la inmortalidad del alma bastaria este hecho para justificarla. El hombre en este mundo es el último anillo de la cadena del mundo de la materia y es el primer anillo del mundo de los espíritus, es el lazo que liga ambos mundos, y si en el primero, que es el mundo de las contrariedades, solo le esperan sacrificios, tiene que recibir en el segundo, á que le llama su destino, inmarcesibles coronas, ó renegar de la Providencia.

Siempre tras el delito irá el castigo;
Jamás virtud habrá sin recompensa.

Como el mundo físico está sometido á la ley de la gravitacion universal, asi el mundo de la humanidad, como un solo hombre está sometido á la ley moral, y el conocimiento de esta ley es la ciencia de los deberes, es la *teoría del deber*. Hay uno que está por cima de todos y es el culto que la criatura está obligada á rendir á la encarnacion viva de esta ley, que es el objeto de la *religion natural*. En torno de la teoría del deber giran todos los derechos que la son correlativos en todos rumbos y direcciones, para que esa ley sea una realidad, en cuanto lo permitan las condiciones de este mundo. El derecho natural, el derecho civil, el derecho penal, el derecho político, el derecho internacional y todas las ciencias que abraza la *teoría del derecho*, no son mas que el arreglo armónico de las relaciones que ligan á los hombres, á las familias, á los ciudadanos, á las naciones, y á la humanidad entera. Y no solo la teoría del deber y la teoría del derecho constituyen la

ley moral á que está sometida la humanidad, sino que entra tambien como elemento la *teoría del trabajo*, ó lo que es lo mismo, la ciencia económica que describe las leyes por las que, sustituyéndose el trabajo gratuito de la naturaleza al trabajo oneroso del hombre, aumentándose así las riquezas y con ellas los goces, y disminuyéndose los valores y con ellos el esfuerzo personal, contribuye poderosamente al perfeccionamiento moral de la sociedad. Lo que falte á estas teorías lo suplirá la *historia*, que es el espejo de la vida, la antorcha que ilumina el camino de la ciencia, la carta en nuestro derrotero terrestre que da á conocer los escollos para que el hombre sensible, inteligente y libre aproveche sus enseñanzas, realice la ley moral, y llene las altas miras de la Providencia cubiertas con un velo, que quizá descubra algun día la *filosofía de la historia*.

Estas son las ciencias sometidas al tipo de lo bueno.

TIPO DEL INFINITO.

Ya llegamos, puede decirse, al punto donde deberemos entregar el baston de viage. El tipo del infinito corresponde al mundo metafísico, y en este mundo ya no se trata ni de los cuerpos, ni de las bellezas representadas en forma sensible, ni de las acciones humanas que son objeto de los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo humano, y objeto de los tres órdenes de ciencias, ciencias cosmológicas, ciencias estéticas y ciencias morales. En el mundo metafísico solo se trata del tipo del infinito antes de recibir la refraccion en el alma, y segun sale del centro de unidad, de donde parte para iluminar nuestros espíritus, y antes por consiguiente de tener lugar las aplicaciones á los fenómenos variables y contingentes de los otros tres mundos. En el mundo metafísico no se trata de la verdad

real aplicada al mundo material, de la belleza real aplicada á las bellezas sensibilizadas, de la bondad moral real aplicada á las acciones humanas, sino tan solo de la verdad absoluta, de la belleza absoluta, de la bondad moral absoluta, ó lo que es lo mismo, del ideal de los tres tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno.

Sentada así la cuestión se pregunta desde luego ¿ese ideal de los tres tipos, esa verdad, esa belleza, esa bondad moral absolutas, son cosas que existen por sí mismas ó son cualidades que suponen un sugeto, una entidad en quien radiquen? El sentido comun afirma lo segundo, porque no se puede concebir lo primero, no hay accidente sin sustancia, no hay cualidades sin sugeto, no hay atributos sin un ser. Siendo, pues, indispensable que la verdad, la belleza y la bondad moral, estén adheridas á una entidad, es necesario suponer un ser en quien radiquen estas cualidades y atributos, y como estas cualidades son absolutas, absoluto tiene que ser el ser que las posea, luego existe un ser absoluto que tiene por atributo la verdad absoluta, la belleza absoluta, la bondad moral absoluta. Luego existe Dios. Mas aun, en los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, se descubren leyes fijas y principios infalibles que están en perfecta armonía entre sí, lo que supone la unidad de un designio, y se descubren fenómenos contingentes y variables, que suponen la causa que haya debido producirles, y la unidad de designio y la existencia de lo contingente suponen un Dios, uno, soberanamente sábio, infinitamente creador.

Dios uno, infinitamente creador, infinitamente sábio, infinitamente bueno, que rige y gobierna con su omnipotencia todos los mundos, en el orden fisico, en el orden estético, en el orden moral, es el punto donde se descifran todos los enigmas, donde se aunan todos los principios, donde se concilian todas las contrariedades aparentes y donde el hombre encuentra la expansion

que necesita, para satisfacer el ansia de ciencia y de felicidad que devora su alma. Débiles y finitos por nuestra naturaleza, pero iluminados con la idea del infinito, nuestra alma siempre activa, al descifrar los cuerpos, las bellezas y las acciones humanas y sus respectivas leyes, que son los objetos de los tres mundos, se eleva á la contemplacion del ideal puro, como quien sigue un arroyo en busca de la fuente de donde procede, porque supone justamente que el agua habrá de ser mas pura, mas cristalina, mas virginal, y alli se encuentra con los atributos de Dios, la omnipotencia infinita, la sabiduría infinita, el amor infinito, y absorbida ensus resplandores se ve inundada de gloria, y concibe ideas á que no habian alcanzado los tres mundos y los tres tipos. En esta elevada region respiraron los Copérnicos, Keplers y Newtones en el mundo material; los Tassos, los Goethes, los Miltones, los Cervantes, los Rafaeles y Murillos en el mundo estético; los Decios, los Asas, los Guzmanes en el mundo humano; los Platones, los Descartes y Leibnitzes en el mundo metafísico. Dichosos los hombres que elevados á esta altura gustan los sabores del infinito puro, y no es extraño que al examinar tantas maravillas sean los primeros á entonar himnos de amor, de reconocimiento y de confianza hácia el Ser Supremo. Jamás pronunciaba Newton el nombre de Dios sin quitarse el sombrero.

El Dios que invocamos no es el Dios que á la sombra de una unidad exagerada, representa un principio consustancial y eterno de lo finito y de lo infinito, de Dios y la naturaleza, como si fueran ambos un doble aspecto de una sola y misma existencia; no, el Dios que invocamos es el Dios soberanamente libre, que tiene conciencia de sí mismo, que ha grabado el sello de su sabiduría á esos cuerpos que pueblan el espacio y componen el mundo material, que ha enriquecido de bellezas ese otro mundo estético, como obra de su infinita grandeza, y que ha impreso al mundo de la humanidad las dos formas sublimes que lo ca-

racterizan, que son la moralidad humana y la Providencia divina, en medio todo de la inmensidad del espacio y de la eternidad del tiempo.

¡Con qué facilidad aparece en este sistema descubierto el enigma del universo! El hombre, lejos de ser un accidente en la vida universal como quieren los panteistas, y lejos de verse reducido á la condicion de bestia como un producto de la sensacion como quieren los empíricos, es una entidad real y sustancial, que ha recibido su existencia de mano del Criador dotada de sensibilidad, inteligencia y libertad, iluminada por dos luces, una material y visible para percibir los cuerpos y todos los objetos estereiores que nos rodean, causándonos dolor ó placer, y otra inmaterial, que es la idea del infinito y con ella las irradiaciones de lo verdadero, lo bello, lo bueno, que encierra en su seno, haciéndonos vislumbrar la existencia de un mundo espiritual, con el que estamos en contacto, y al que aspiramos incesantemente, mirando su ansiada posesion como una conquista ganada con sacrificios entre las asperezas de nuestra peregrinacion terrestre. Porque es preciso desengañarse, mas allá del tiempo está la eternidad, mas allá de lo finito está lo infinito, y este infinito es una realidad, es la existencia de Dios grabada por Dios mismo en el fondo de nuestros corazones, es el sentimiento religioso, es la religion misma, en cuya region, dice un filósofo, todos los enigmas de la vida, todas las contradicciones del pensamiento tienen su solucion, donde se amortiguan todos los dolores del sentimiento; es la region de la eterna verdad, de la paz eterna. Allí corre el rio del Letheo, donde el alma bebe el olvido de todos los males, allí todas las oscuridades del tiempo se desvanecen delante de los resplandores del infinito.

Libre de los artificios del genio que tantos sistemas estravagantes ha producido, y guiado tan solo por las sencillas reglas del sentido comun, nos place haber presentado un sistema, en el que aparece en claro el deslinde y realidad de los mundos, la

realidad y sustancialidad de un Dios-providencia, que dan solución á las mas graves cuestiones, y dejan á salvo la espiritualidad é inmortalidad del alma, el principio moral, la existencia de Dios y todos los principios salvadores de la humanidad.

Son, pues, objeto del tipo del infinito la ontología, la teodicea, la teología natural.

